

nente negro. Sus resultados se recogen en un libro apasionante, seductor, esencial, *Savannah syncopators. African retentions in the blues* (1970). Quedan en él constatados, fuera de toda duda razonable, vínculos y paralelismos entre las técnicas vocales (de interpretación) e instrumentales (de digitación) de los músicos de numerosos pueblos de la sabana afroccidental (asentados en los actuales Burkina, Mali, Níger y Mauritania) y los bluesmen del profundo sur norteamericano.

No menos estimulante resulta la obra de Samuel Charters *The roots of the blues* (1981). Lo que empezó para Charters como un estudio genealógico de cómo el blues circuló desde/con los esclavos tomados en África hasta los actuales guetos urbanos de Norteamérica tras pasar por barcos, plantaciones de algodón y granjas, acabó en algo bastante más complejo y estimulante; a saber, la constatación de que no se trata sólo de un viejo acervo de la cultura órfica afroccidental, sino de una parte viva y muy viva de la actual cultura africana.

Charters se mueve por mercados y poblados, a través de pistas agostadas por el polvo y el calor, recoge y fija poemas y canciones, toma fotografías, viaja en el el expreso Dakar-Bamako, recorre en vapor buena parte del Níger, se detiene en Segou (la ciudad donde el explorador Mungo Park avistó por vez primera el río y, por cierto, donde cuando lea estas líneas se estará celebrando un es-

La edición de este año del festival contaba con el valor añadido de rendir homenaje al enorme Alí Farka Touré

pléndido festival con un par de docenas de las más grandes figuras musicales malienses del momento, lo que equivale a decir una de las concentraciones más exquisitas que puedan darse hoy por hoy dentro de ese lábil territorio conceptual de las *músicas del mundo* y sube en dirección este hasta alcanzar las grisáceas, polvorientas y fantasmales calles de la muy literaria ciudad de Tombuctú, en cuyo mismísimo centro hallamos hoy una inquietante inscripción: “Bienvenido a Tombuctú, la ciudad de los 333 santos”.

Joya de la memoria

“Tombuctú, la más mítica de las ciudades, el más duradero de los mitos. Un lugar preciso, sí, pero a medio camino de todo: un río en medio de las dunas, un puerto en medio del desierto, un inmenso mercado en medio del vacío, la gran capital de quién sabe dónde, de quién sabe qué. Antes, centro, vientre y cerebro de imperios legendarios, asediada y deseada por bandidos, conquistadores y aventureros de toda ralea. Hoy, un lugar miserable, menospreciado, el culo del mundo, un espectro de ciudad, ni muerta ni viva, incierta y obsesiva como el recuerdo vacilante de una música olvidada”. (Pep Subirós, *Cita a Tombuctú*, editorial Destino, 1996). Qué importará ya la primera fijación sobre un mapa de la ciudad “empedrada en oro” por parte de Abraham Cresques. Qué importarán ya, más allá de la memoria, los libros de antiguos viajeros por África occidental como Ibn Battuta, León el Africano, Mungo Park, René Caillié o Cristóbal Benítez. Ahora lo que persigo es ese “recuerdo vacilante de una música olvidada” mientras a bordo de un cuatro ruedas a galope de saltamontes y conducido frenéticamente por Alí *Cheval*



Fou recorro los sesenta y pico de kilómetros de pista que separan a esa joya de la memoria del oasis de Essakane y del Festival au Désert

Con todos estos antecedentes y ebulliciones macerando en el cacumen, cuando a finales del pasado verano se hizo público que en la edición de 2007 el festival iba a rendir homenaje a la memoria del recién desaparecido Alí Farka Touré, consideré que parecía llegado el momento idóneo de por fin visitarlo. De modo que bártulos al atillo y brújula apuntando a Essakane. Resulta casi milagroso constatar como una idea tan radical y en férrea lucha con tan notables constricciones naturales haya ido asentándose hasta su estado actual. Ya han pasado seis años desde su nacimiento y otras tantas ediciones más una. Hay un lado socio-político esencial en los orígenes del evento. Téngase en cuenta que poco más de diez años atrás los nómadas del desierto asentados en el norte del estado de Mali aún se hallaban en guerra abierta con su gobierno. Por ejemplo, los volcánicos Tinariwen, uno de los grupos con más poderío y fuerza mesmérica del panorama musical que alberga el planeta en estos comienzos de siglo XXI, entraron en contacto con una guitarra eléctrica en los campamentos de entrenamiento guerrillero libios y argelinos, y anduvieron durante años con un kalashnikov y una guitarra al hombro. Ahora, el Festival au Désert se ha convertido en una de las citas anuales esenciales entre las tribus tuaregs para afirmar su cultura, compartir solaz, intercambiar, en fin, unos de los escasos días de amplia comunidad para pueblos asentados en tierras de Argelia, Libia, Mali, Níger y Burkina Faso que han hecho del pequeño núcleo y la transhumancia su forma de habitar el pedazo de planeta que les ha caído en suerte.

De modo que llegarse hasta Essakane, sumergirse de pleno en su festival, es para el visitante occidental avisado y con conciencia de la realidad bastante más que un paseo vacacional por mares de arena y arrecifes de jaimas de piel de cabra recién curtidas. Contemplar allí como Oumou Sangaré, Tartit, Toumani Diabaté, Bassekou Kouyaté o Afel Bocoum rinden homenaje al impercedero maestrazgo del enorme Alí Farka Touré tiene un mucho de ceremonial y no poco de testimonial.

Hay un festival en el que, cierto, *remenen les cireres* belgas y franceses, un acontecimiento cultural que soporta el ministerio de Cultura de Mali, un curioso evento en el que incluso puede llegar a colaborar, como este año, el Institut

El Festival au Désert se ha convertido en una cita esencial entre las tribus tuaregs para afirmar su cultura

Ramon Llull o en el que te encuentras como compañero de viaje y vecino de jaima a Julian Temple antes de acudir al festival Sundance a presentar su recién terminado trabajo sobre The Clash. Brincan por las dunas con sofoco y costas de suciedad, bajo turbantes azul índigo mejor o pero anudados, europeos y americanos en razonable comunidad con los *abandonados*, que éste es el significado etimológico del término tuaregs. En suma, los actuales rectores del Festival au Désert pueden sentirse satisfechos de su habilidad y buenos oficios como propagandistas de un cuasi imposible: hacernos viajar hasta ombligo del blues. |

Frente al público

‘El traspies de Luisa’

Es el nuevo espectáculo de danza de la Societat Doctor Alonso (Tomas Aragay y Sofia Asencio) en el que cuatro mujeres parten de un error para desarrollar una pieza sin ninguna interrupción, que se va encadenando sin fisuras: “Els intèrprets troben el plaer al fet d’estar en fals, fràgils, mostrant llavors cruament i amb humor les seves debilitats i flaqueses” (Aragay). Del 8 al 11 de febrero, Mercat de les Flors, www.mercatflors.org

‘Una còpia’

Esta obra de Caryl Churchill es una pieza a medio camino entre el thriller psicológico y el análisis de las relaciones entre padres e hijos; una historia simple sobre clonación y herencia. Una pieza de una sorprendente profundidad intelectual y emocional, que la dramaturga británica Churchill estrenó en 2002 en el Royal Court de Londres. Hasta el 4 de marzo, Teatre Lliure, www.teatrelivre.cat

Tanya Stephens

Orgullosa y desafiante ante el machista mundo del reggae jamaicano, Tanya Stephens es la reina indiscutible del ‘hardcore dancehall’ de la isal caribeña: rebelde, dura y auténtica, su sexto disco, ‘Rebelution’, confirma su posición privilegiada gracias a su imaginación musical y a la agudeza de sus palabras. Ya sea con ritmos de ‘dancehall hardcore’, con diatribas contra el establishment político o con el ‘crooning’ más romántico, todo lo que genera su talento son ráfagas de arte desbocado. 13 de febrero, La ‘Caprichos de Apolo’ (Barcelona), www.sala-apolo.com

Danza para niños

El espectáculo ‘Avui sortim!’ de Carles Salas y Búbulus propone un viaje protagonizado por unos niños que deciden marchar de excursión sin padres ni profesores. Unos amigos muy diferentes, que huyen por un rato del ritmo frenético de la ciudad, hacia una naturaleza más amable y acogedora. Una excursión llena de descubrimientos y, por qué no, de emociones y de aventuras. Pero también con algunos peligros que tendrán que superar para poder continuar hacia adelante. Hasta el 4 de marzo, Teatre Nacional, www.tnc.cat

JOSÉ PABLO JOFRÉ